

**QUE SE ENTEREN
LAS RAICES**

**QUE SE ENTEREN
LAS RAICES**

FERNANDO GARCIA MAROTO

Primera edición, 2015

© Fernando García Maroto, 2015

© Triskel Ediciones, 2015

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

ALL RIGHTS RESERVED

978-84-944045-5-9



TRISKEL EDICIONES

C/ Rayo de Luna, 5, 3ºB

41009, Sevilla, España

triskelediciones@triskelediciones.es

www.triskelediciones.es

Diseño cubierta: Triskel Ediciones S.C.

EDITADO EN ESPAÑA

PUBLISHED IN SPAIN

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier media, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

Para Lorena y Marcos García

*Que se enteren las raíces
y aquel niño que afila su navaja
de que ya se pueden comer la vaca.*

F.G.L.

CAPÍTULO 1

Aquella tarde, por primera vez en varios días, durante un instante infinito, irrepitable, y gracias a —o por culpa de— la tormenta, cuya violencia del principio era ya tan sólo un recuerdo insistente de gotas cayendo con la uniformidad y el tesón de lo que parece durar eternamente y persistir al margen de la voluntad y el deseo, Lezna dejó vagar libre a su pensamiento, permitiéndole unas vacaciones de ese trabajo a tiempo completo en el que se había convertido su vengativa idea inicial, ahora obsesión enfermiza, de matar a un hombre.

Encerrado en su coche esperando aburrido a que la lluvia cesara definitivamente, fumando otro Ducados, el quinto de la lista si el cenicero abarrotado de colillas no mentía, Lezna pudo oír una y otra vez el golpeteo filamentosos del agua contra el capó derramándose del cielo gris oscuro que había estado amenazando la mañana entera, siniestro e indeciso, hasta no poder ya más y descargar por fin, furioso, en ese preciso momento, toda la rabia acumulada. Una bruma llorosa de regueros condicionaba su visión, y él se esforzó en vano por distinguir a través de los cristales del automóvil formas nítidas en lugar de esas construcciones borrosas y diluidas, melancólicas, que ocupaban su atención y le distraían torpemente. Había apagado el motor del coche hacía rato, y el limpiaparabrisas, inactivo, no podía devolver a las cosas su

familiar consistencia de roca. Lezna se encontraba sumergido e inseguro, como dentro de un pantano. El exterior, con todo lo que allí había y él conocía de memoria, aparecía confuso; sólo dentro del coche podía verse con razonable claridad, tampoco excesiva, pues el humo rizado y azulón de los cigarrillos permanecía machaconamente suspendido en el aire del interior, cargándolo aún más, transformando el utilitario en un invernadero tóxico, cancerígeno y mortal. Así que bien mirado, aunque nada se veía realmente bien, tanto dentro como fuera todo era confuso.

Quizá las cosas participaban en ese momento de aquella confusión malsana que crecía y crecía extendiéndose como la peste por la mente congestionada de Lezna. Ni siquiera se veía capaz de asegurar que no fueran sus ojos los que estaban llorando y dotaban a su periferia de esa cualidad húmeda y tristona. Pero no, de ningún modo podía ser así: sus manos velludas y venosas, esas manos culpables aunque pasivas, se recortaban perfectamente entre tanta niebla, troqueladas; y el edificio de enfrente era una enorme y solitaria masa babosa de ladrillos escurriéndose eternamente y de nuevo volviéndose a levantar en un pobre remedo del divino castigo de Sísifo.

Dio gracias a la lluvia por esa tregua inesperada. Había durado apenas una decena de minutos, y no necesitó ni uno más. Quién le hubiera dicho a él que la primera tormenta del otoño bastaba para hacer olvidar un asesinato. Ahora la obsesión, descansada y fresca, volvió a la carga cebándose impune, a la manera de las enfermedades degenerativas, con ese que paradójicamente le había dado la vida o se la concedía indiferente. Lezna era consciente de que aquel asesinato que le subyugaba y le preocupaba, más por cuestiones técnicas y

morales que por las estrictamente legales o punitivas, todavía no se había producido; pero con la misma certeza que conocía ese hecho irrefutable y provisional, también supo que no tardaría mucho en suceder. Y eso ya sí que sería irreversible. La muerte sería irreversible, igual que su sentimiento de culpa. No le valía de consuelo no ser él mismo el brazo ejecutor: sus manos, esas que tan bien se veían dentro del coche, sólo tamizadas por un tenue velo denso e hipnótico, acabarían manchadas de sangre por el simple hecho de desear la muerte y haberla encargado como un pedido al supermercado: un programado y nutritivo abastecimiento de venganza. Tenía la seguridad de que Rengo no le fallaría, por la amistad que los unía, que superaba con creces esa definición raquítica pero que ambos no podían nombrar de otra manera por falta de un sustantivo mejor, más adecuado al caso.

—Sólo tú puedes hacerlo; porque eres capaz y el único en quien puedo confiar y delegar una tarea semejante —le había confesado Lezna a Rengo, exagerando la amargura en el tono de voz y los sentimientos en la sencilla puesta en escena. También apeló con aquellas palabras conspiradoras a la vanidad del otro; y por último empleó la frase que sellaría el compromiso con sólo pronunciarla—: Además, me lo debes.

Rengo cumpliría a la perfección con el papel que le había tocado en suerte en esta representación macabra. No rechistaría, no haría preguntas innecesarias ni diría nada porque lo sabía todo, y aplicaría la fría indiferencia que regía indolente su vida actual para llevar a cabo de la mejor manera posible esa labor irreproducible, innombrable que Lezna le había asignado. Sí, Rengo cumpliría; ejecutaría. No podía ser de otra manera.

Pero al que le tocaba ahora cumplir con su rol del momento era a él, a Lezna. No había sabido cumplir mejor con su papel de marido, para el que desde luego no había nacido ni mucho menos se había preparado: él, que preparaba y trataba de controlarlo todo, hasta el más mínimo detalle, de su existencia, pero del que nunca se quejó, podía jurarlo, y contra el que nunca, jamás se rebeló; sólo ahora, cuando la sospecha gelatinosa de que Elisa tenía y ocultaba un amante había cobrado el empuje suficiente como para convertirse en evidencia y molestarle, amargarle, inquietarle e interrumpir sus proyectos. Y Lezna había jurado suprimir al amante como se espanta una mosca testaruda, zumbona e insoportable una tarde de verano, fuera quien fuese ese amante pues todavía no tenía nombre ni cara, ya que precisamente tal descubrimiento también formaba parte de las prestaciones que Rengo debía aceptar, o con su silencio ya había aceptado.

Además, Lezna había cumplido a medias con su papel profesional: mediocre el de profesor; nulo, nefasto el de novelista en ciernes porque se sentía incapaz de utilizar, lastrado por algo que se le escapaba y no podía de ningún modo concretar, todo el conocimiento y los recursos que desplegaba en sus clases de la facultad de Filosofía para completar un texto propio, algo de verdad suyo, no como su casa o su mujer, cuyos posesivos escurridizos eran simplemente necias economías del lenguaje y no algo real; tan sólo una novela, no un tratado lógico-filosófico ni un detallado manual de instrucciones de uso de la vida, aunque cualquier apunte o receta se le revelaban a Lezna siempre inútiles, inadecuados o insuficientes para enfrentar las variantes grotescas y

desquiciadas que se presentaban de repente, intempestivas, en una bifurcación incontrolable de raíz.

Tan sólo una novela, que tampoco es poca cosa, se decía él, como la que había podido acabar y publicar Rengo, con su tara física convertida en apellido reluciente en la portada debido a su gusto por los guiños, los sobreentendidos. Una novela quizá sin mucho éxito pero que había despertado la envidia en Lezna y le había impulsado, aunque esto sí que no se lo había confesado al otro, a elegirle de cómplice y sicario por uno de esos caprichos que la amistad impone para poner a prueba la fuerza y los cimientos de ese castillo de arena amenazado constantemente por la marea indiscriminada de las pasiones comunes, a veces, casi siempre, las más bajas.

Por eso, con su papel de amigo, tampoco podría decirse que había cumplido como es debido. Se había alegrado por Rengo y su éxito pírrico y discutible, ridículo; pero al mismo tiempo se había preguntado una y mil veces, maldiciendo, por qué no alcanzaba él aquello que más deseaba cuando el destino, o lo que demonios cueza, condimento y sirva el devenir, se lo regalaba sin más ni más a un personaje secundario inhabilitado, por creación, genética o aprendizaje, para disfrutar.

De todos modos, y sin otra opción que elegir, Lezna amortiguó el dolor ponzoñoso de la envidia pensando, que era para lo único que de verdad valía y en lo que se había especializado dando la espalda a casi todo lo demás, que seguramente él tampoco gozaría ni de ese triunfo tan cuestionable, que para ser honestos ponía en tela de juicio por conveniencia y caridad para consigo mismo y sus mezquinos atributos, ni de cualquier otro que aterrizara por emergencia o casualidad en el páramo gris de su existencia. Quizá en eso, y

en otros muchos aspectos, no se diferenciaban tanto los dos individuos.

En definitiva, Lezna había fracasado de manera poliédrica en la ejecución de los múltiples papeles que en esa gris existencia se habían ido sucediendo, aunque también solapándose unos con otros, simultáneos y acaparadores; o quizá simplemente albergaba la sensación de haber fracasado, que para el caso viene a ser lo mismo cuando se trata de manejar el saldo siempre deficitario de victorias y derrotas; de aquellas pocas y exiguas victorias que iluminaron fugazmente un instante, y esas continuas derrotas, ya demasiadas, que cargaba en sus hombros escuálidos e iba arrastrando lo más dignamente posible por la vida hasta que llegase el día, presentía él que no muy lejano, en que no pudiera con ellas, metamorfoseándose las muy perras en un peso muerto que acabaría precipitándole en una silenciosa caída sin fin.

Sin embargo, conocía al dedillo el papel que le tocaba representar ahora, el de buen hijo de una madre desahuciada por el olvido, el alzheimer y la demencia senil, parcas que se habían puesto de acuerdo en una alianza mortífera e implacable para eliminar de cuajo el pasado y acortar el hilo de los pasos hipotéticos, contingentes, que el futuro tuviera todavía ganas de dar a lomos de ese cuerpo envejecido y desgastado por el tiempo, encerrada aquellos seguros últimos días de su vida en una residencia de ancianos. Era, según Lezna, la mejor que había logrado encontrar adecuándose a la pensión de la mujer, a los cuidados exigentes que la pudiesen proporcionar y a las cercanías de su barrio de toda la vida, el del distrito sur, con el extenso parque de la última emperatriz de los franceses al lado, por todos lados, rodeándola, protegiendo la residencia del

exterior; o más bien salvaguardando a los de fuera, los sanos, de aquel espectáculo mortificante y oscuro, barroco hasta la médula. La decisión de meterla aquí había tenido que tomarla él solo sin contar con su hermano ni consultarle, pues este se había desentendido del asunto con astucia de mártir, empleando esos mismos trucos de beata que tanto gustaban a su madre y que ya no podía usar, deslumbrando a la concurrencia, precisamente ahora cuando más los necesitaba.

—Yo no puedo verla así —había dicho como ultimátum el ingrato, que además era el mayor y debería de haber apechugado tanto como él, enfangándose en el nauseabundo barro de la vejez—. Me duele tener que verla en ese estado. No creo que pueda soportarlo. Y encima enclaustrarla en ese manicomio (Lezna no protestó, pero aquello no era un manicomio; además el imbécil ni siquiera había pasado a echarle un vistazo, aunque fuera para poder criticar con conocimiento de causa) me pone los pelos de punta, me parece inhumano. No voy a permitirlo. Además tu casa es grande: puedes quedarte con ella una temporada (*sine die*, o hasta que yo reviente, había pensado Lezna, pero tampoco dijo esta boca es mía para no tener que discutir bizantinamente, ya que él tenía otros planes) para ver cómo evoluciona.

Más o menos en aquellos términos hipócritas se había expresado su hermano la última vez que hablaron por teléfono: la última de verdad para su hermano, un extraño ya; la definitiva para el propio Lezna, quien había decidido tiempo atrás convertirse también, recíprocamente, en un extraño para el otro y olvidar que en alguna ocasión, por lo demás muy remota, insondable, ambos habían estado unidos por algo que no fuesen los presentes abusos unilaterales, los antojos

indiscriminados de un solo sentido o los favores, en teoría que no en la práctica de vida y muerte, obligados a deberse mutuamente y cobrarse con sarcasmo y marrullería mediante una libra de su carne sangrante y hedionda, putrefacta. Haber aceptado a su madre en el chalet adosado de dos plantas que compartía a solas y desde hacía años con Elisa habría supuesto encantar la casa con la presencia de un fantasma, el de la infancia, la adolescencia, las ilusiones y las esperanzas perdidas; o quizá otro fantasma más, el segundo, porque Lezna ya deambulaba sin cadenas ni gemidos por las habitaciones de ambos pisos prodigando su figura ectoplasmática e inquietante a cualquier hora del día y de la noche, casi atravesando paredes y demás cuerpos sólidos con la indiferencia y el tedio de las raíces que devoran a los muertos, agrandando así la maldición de una vida incompleta, inconclusa e irregular.

Entonces decidió, esta vez sí, preguntándole antes a Elisa —mero trámite con la única intención cínica de complicarla en el asunto ya que Lezna estaba enteramente convencido, con alegría cruel, de que ella pensaba de idéntico modo—, rellenar formularios, transportar impresos sellados de una dependencia oficial a otra y de allí a la residencia, abrir sin autorización expresa y con plenos poderes una cuenta de la que ir pagando por arte de magia y sin complicaciones extra la cuota mensual de asilo y, por fin, colocar a su madre como un fardo sucio en la habitación correspondiente con vistas al jardín y al aparcamiento donde ahora Lezna había estacionado el coche y se refugiaba todavía de la lluvia. También hizo no sé cuántos viajes como este mismo de hoy hasta depositar por orden de estaciones toda la ropa de su madre en el armario del cuarto, o al menos la que Elisa pensó que podría hacerle falta

allí, dado que a aquella sólo le quedaba un último trayecto que realizar, con salida desde aquel mismo cuartucho, apenas un cubo perfecto de no más de cuatro metros de arista en el que además del armario y el aseo completo se fosilizaban una cama, una mesilla de noche, un juego de mesa y silla, coja la una, rígida la otra, todo presidido por un enorme crucifijo, recuerdo de su abuela, la de Lezna, anacrónico e inútil. Todo eso hizo. Y más que haría; porque Lezna velaría el cadáver de su madre dado el caso, y lloraría en el entierro, eso pensaba él, quizá mintiéndose a sabiendas, para que nadie le señalase con el dedo ni le tachara de insensible, nadie le condenara, nadie dijera que era un Meursault de tres al cuarto, aunque tenía que quedar bien claro que él no iba a matar a nadie, él no desde luego; ni se atrevieran tampoco los justos y los inmaculados a cortarle el pescuezo de un solo tajo misericorde y limpio, eficiente. Haría lo que fuera, de todo, con tal de que nadie se inmiscuyera en su anodina existencia y le molestara con problemas, que él ya tenía suficiente con los suyos.

Cuando por fin dejó de llover, el olor a humedad filtrándose por las ventanillas del coche, luchando a brazo partido contra el hedor rancio de la ceniza y el tabaco quemado, e impregnándolo todo con pegajosa obscenidad de fluido, Lezna recuperó con holgazanería el sentido de la realidad y miró su reloj para constatar que aquel presentimiento de ser ya un poco tarde era cierto. Había dejado pasar demasiado tiempo; rechazó el pensamiento de que apostaba, aunque algo de esa artimaña existía, y pensó que ahora estarían preparando a su madre para llevarla al comedor y darle de cenar, con más ruido y parsimonia que acierto y ganas. De ese modo solamente estaría

un rato con ella, el del camino hasta el comedor, y no tendría que aguantar mucho tiempo en aquel siniestro lugar.

Salió remolón del coche, sorteó con saltitos y apuros charcos y multitud de barrizales en miniatura desperdigados por el sendero que conducía a la puerta principal de la residencia y entró cabizbajo, humillado, perseguido por cientos de miradas, o eso le pareció a él, paranoico según acostumbraba a estar siempre en semejante trance; miradas acusadas de viejo que antes habían estado duplicando sin querer la lluvia y ahora intentaban sin éxito sondear y reconocer en aquel individuo a un posible familiar al que acribillar con plegarias, achaques y enfermedades inventadas, imaginarias, conocidas de refilón por esa sabiduría masoquista que acumula datos para mortificar luego al cuerpo, porque la única enfermedad incurable que allí reinaba sin oposición ni alternativa era la de la vejez estirada hasta lo inaudito, hasta lo cruel.

Al ver llegar por el fondo del pasillo a su madre, incapaz ya de reconocer o recordar, cuando no de hablar o incluso oír, sentada plácida y semiinconsciente en una silla de ruedas empujada por la auxiliar de turno, Lezna se preguntó si entre Rengo y él no estarían privándole al amante de Elisa, por el mero hecho de matarlo en la flor de la vida, del verdadero sufrimiento, de la agonía más terrible; y de paso haciéndole por el mismo precio el favor de entrar por la puerta grande en el restringido y valorado al alza territorio de la épica como si fuese un héroe destinado a ser recordado por todos y llorado por algunas.

CAPÍTULO 2

Amanece una vez más. Un día como otro cualquiera, no muy diferente a los anteriores y bastante parecido a los siguientes, que se irán sucediendo con la fatalidad de un destino. Un día sin necesidad y sin sentido, despojado de razones para existir y también de excusas para no hacerlo. Hoy es un día surgido de la pesada noche oscura, y por ese motivo fracasado de antemano, mucho antes de haber comenzado. Es un día marcado en negro en el papel del calendario: un presagio funesto o nada más que una convención indiferente ya olvidada, tranquilamente aceptada. Encajado en el interior de la semana, más tirando al final en rojo que al principio anodino y deprimente, lo elijo sin pensarlo para empezar a contar mi parte de la historia.

Me he despertado de golpe y sudando, angustiado sin razón aparente, como si hubiera cometido una falta grave durante esas horas profundas pasadas lejos de la civilización reglamentaria o tuviera que acudir a una cita importante a la que ya llegaba tarde. Cuando reacciono y asumo todavía en horizontal la gris realidad actual de mi monótona existencia, siento alivio.

Permanezco un rato más así, tumbado, tapándome hasta arriba y dejando al sudor solidificarse entre mi piel y el pijama hortera. Remoloneando de esa manera, girándome alternativamente a derecha e izquierda en busca del frescor de

la almohada según se van calentando los respectivos lados de la estrecha cama, apuro al máximo la tibieza del sueño y su tranquilidad pura y placentera, inocente. También me esfuerzo, aunque sé que es en vano, por recordar el argumento del mismo, un hilo conductor que dote de lógica a tal cantidad inconexa de imágenes de pesadilla agolpadas en el interior recóndito de mi cerebro exhausto. No puedo. En la superficie arrugada de esa inmensa y sobreexcitada nuez grisácea sólo resisten una sensación de indefinible malestar y el recuerdo de mí mismo visto desde fuera; un personaje de ficción desquiciado, sin miopía y con el rostro rejuvenecido, de adolescente, unos veinte años más joven. Mi cara de antes se queda flotando con desdén unos minutos más en mi pensamiento, descontextualizada, libre de presiones y ataduras. Me demoro morbosamente en esa mentira aun a sabiendas de que yo nunca he sido así. Recuerdo bien a ese joven que yo fui y la obsesión de sus manías. Incluso recuerdo a todas las personas que con el paso del tiempo podría haber llegado a ser. Nunca imaginé siquiera que la cosa terminaría de este modo: echando de menos, aunque solamente en sueños, el triste recuerdo de las múltiples posibilidades.

Por juego y por pereza, amparado por la idéntica soledad de cada mañana y parapetado tras esa seguridad, apuesto contra mí mismo: trato de adivinar el día que hará, delante de la ventana de mi cuarto y antes de subir la persiana. Si fallo, borraré de mi mente tal recuerdo. El día es exactamente como había temido: un cielo encapotado amagando lluvia y el frío esperando en la calle. Desconfío al instante de ambos rasgos y decido no salir esta mañana. No tengo que consultarlo con nadie.

La mayor parte de la mañana la paso leyendo en la cama, vestido con mi estrafalario y afelpado atuendo de payaso, con varios libros desperdigados sobre la colcha arrugadísima y un cuaderno de notas al lado, por si acaso, por costumbre. Cada dos por tres cambio de postura, obligado por el entumecimiento progresivo de las piernas, sobre todo la maltrecha, la que me hace cojear y valerme de un bastón con verdugillo para caminar, un fantasma decimonónico, que pierde rápidamente su sensibilidad convirtiéndose en un apéndice muerto y ajeno, en un lastre fofo y varicoso. Incluso a veces, debido al dolor que me provoca, se me suele ir la cabeza y debo cerrar los ojos por unos minutos, bajar los párpados, y masajear las sienes con movimientos circulares de dos dedos hasta que algo dentro de mi cráneo vuelve a su posición inicial y correcta. Siendo brutalmente honesto soy una pena. Una pena sin llanto. Con un poco más de cuarenta años y ya estoy medio achacoso.

En la encimera de la minúscula cocina, muy cerca del microondas, casi pegado a él para forzarme a verlo cada día, dejo siempre el neutro envase oblongo de pastillas que me ayudan a sobrellevar el dolor físico; sólo ese. Me las recomendó y al mismo tiempo recetó mi médico de cabecera, con esa mala intención facultativa y superior de endosar a los pacientes indefensos los remedios más fuertes para que el dolor acabe cuanto antes y nos callemos. Todo por no aguantarse; ni unos ni otros.

—Si no abusa, no le crearán adicción —me dijo amablemente el galeno, en un estúpido intento de tranquilizarme, mientras que depositaba sin saberlo bajo mi responsabilidad mermada

un posible ingreso en la hermandad compulsiva de los drogadictos legales.

Nada más espabílarme enciendo un cigarrillo del paquete que descansa indefectiblemente encima de la mesilla de noche, situado con estrategia más allá del despertador y el interruptor de la lámpara, por si de repente acude el insomnio y me veo obligado a quedarme tal cual estoy ahora mismo durante todo el tiempo que se prolongue ese ya habitual incordio nocturno. Desde luego que las noches son muy, muy pesadas.

Me levanto haciendo un terrible esfuerzo, contorsiones grotescas, y, con el cigarrillo todavía colgando de la comisura de los labios descarnados, voy hasta la cocina a preparar café con la intención de beber un par de tazas mientras fumo y así tener algo en el estómago, por poco que sea, antes de tomarme la pastilla de la mañana. Hace tiempo que mis desayunos no son más que un simulacro, una farsa completa; tal vez a imagen y semejanza de ese engaño en el que se ha convertido mi propia vida. Y encima ahora está contaminando mi mente y toda mi existencia el absurdo encargo de Lezna, que debo cumplir, que no tengo otro remedio que cumplir, como si en realidad lo que estuviera en juego fuese mi porvenir, mi existencia o su mera posibilidad, y no la vida de otro al que ni siquiera conozco ni llegaré de verdad a conocer. Algo poderoso nos une a Lezna y a mí. Quizá no son favores lo que nos debemos, porque esas tasas no forman parte de la economía de nuestro vocabulario común, sino que lo que nos ata irremisiblemente a la correa mutua, recíproca es el hecho más fuerte y arraigado de que nos debemos consideración, intervenciones preventivas o cuidados paliativos del uno para con el otro; todo un enjambre de atenciones sin las cuales no quedaría nada de ambos:

teniéndonos presentes resistimos los embates; recordándonos que existimos, de verdad lo hacemos. Es así de simple, y al mismo tiempo de complicado.

En la otra habitación me espera un bodegón hiperrealista nada romántico. Más bien da un poco de asco: en la mesa del salón, que me sirve las veces de estudio, sala de estar y comedor, apestan todavía los restos de la pasada noche: una mezcla heteróclita de platos resecos, cubiertos manchados en sus extremos puntiagudos, mondas amargas y oxidadas, un vaso en el que brilla sin convicción un culo apagado de whisky ya demasiado aguado para ser bebido y un cenicero, en el que deposito como buenamente puedo la ceniza de ese primer cigarrillo de la mañana que siempre me sabe a hiel por la nostalgia de todos los fumados antes de acostarme, cuando veía las cosas de otra manera; si no mejor, al menos distinta. El polvillo gris llega hasta los bordes y no entra una colilla más. Lo vacío, arrugando la nariz, en el cubo de la basura de la cocina dando un golpe, sin ninguna pena, como antes solía deshacerme de los sueños imposibles que acudían sin yo quererlo ni desearlo. Todo huele un poco mal esta mañana. La casa atufa. Me prometo, sin creérmelo demasiado, desalojar cuanto antes ese hedor de establo mal ventilado. Al vivir solo, y de alquiler, no me tomo muy en serio el mantenimiento riguroso del orden y permito, de cuando en cuando y por desidia pura, que el nivel de entropía del piso alcance cotas desorbitadas. Mi existencia es solitaria y provisional. Lo temporal domina la situación, y yo me pliego a sus condiciones por comodidad e indiferencia. Varias veces al día la ropa se queda desparramada por las sillas, en el sofá o encima de la cama sin hacer, como si de repente se hubiera desintegrado el

cuerpo que las daba forma. Otras veces, por ejemplo esta mañana, vestigios orgánicos resisten pasivamente con insistencia de fósil sobre cualquier superficie. Sí es cierto que en cuanto aparece alguna mancha la quito con empeño de neurótico usando el producto desinfectante adecuado; sin embargo, el polvo y las pelusas, haciendo gala de una paciencia desesperante, aguantan semanas enteras antes de desaparecer por completo del escaso mobiliario o del suelo de falso parquet barridas por esporádicas corrientes de aire.

Además, tengo pocas visitas, por no decir ninguna. En eso Lezna se equivoca; como en otras muchas cosas que no tengo ni intención ni ganas de hacerle ver. Sé que envidia mi situación, el estado de libertad absoluta que me otorga, que imagina, adornándolo coqueto a su gusto, que no es el mío, o puede que a fin de cuentas sí. Piensa, calculando mal o quizá engañándose adrede, que se puede ser libre y salir ileso, apostar por la libertad y que no te pase nada. Sin embargo, el libro que he escrito no ha conseguido añadir nada en mi vida. Escribir es una compulsión y no suma nada. Con cada línea que concluyo voy restando poco a poco hasta el momento final en que no quede nada por escribir ni de dónde restar. Escribir te deja aún más solo, te aísla, te incomunica, no te acerca a nadie; y a esos que pretenden cándidamente acercarse a ti los ahuyentas en silencio, sin aspavientos ni griterío, a base de una indiferencia casi malvada, negándoles sin querer un hueco en tu vida, un pedazo de terreno en el que enraizar su propia vida y hacerla crecer junto a la tuya. Inventas una historia para seguir creyendo o para superar el dolor; pero lo que haces en realidad es fijarlo, solidificarlo, incrustarlo en las entrañas viscosas y exponerlo con obscenidad de puta a la vista de todos; porque al

final te acabas dando cuenta de que el dolor es absurdo, inútil, y cuanto más inútil, más duele. Semejante a la vida, partícipe de ella, el dolor acaba siendo otro despilfarro más, el enésimo. La única manera de superar la angustia y salvar lo poco que queda del naufragio de la existencia diaria es inventarte un personaje convincente, lo más parecido a ti, crearle un guión que se adapte lo mejor posible a sus supuestas virtudes y cumplir fielmente con él. Y el mío está cortado a medida por un patrón preciso y minucioso, matemáticamente escrupuloso.

Se empeña Lezna en creer con obstinación de fanático que el punto en el que me encuentro yo es el único deseable, el mejor para poder empezar de cero y enfrentar el mundo. Ve en mi despojamiento egoísta, que yo mismo reconozco sin reparo como egoísta, el paso previo para dotar de nuevo significado a las cosas, para recrear el universo. Cree el iluso de mi amigo que desde mi posición puedo acceder a relaciones verdaderas, amistades impagables y duraderas de esas que no usan palabras, apenas unas pocas, las elegidas, más bien son contraseñas, salvoconductos para atravesar de punta a punta ese desierto que es todo horizonte; amistades de película o literarias, como si pudiera tener de amigos a los detectives Marlowe o Spade, o a los médicos Bardamu o Díaz Grey. Pero hay que estar ahí, y antes de eso hay que aguantar mucho, para darse cuenta de que estás solo, de que todo eso solamente es otro sueño, otro gasto añadido, una factura que o bien se salda rápido o se vuelve gravosa más y más, y que las contadas conversaciones que tienes desde hace tiempo son soliloquios, que te das la réplica para no volverte loco de remate. Ya nadie acude a ti; y si acuden, como en el caso de Lezna, es para complicarte todavía más en la turbiedad del día a día.

El legítimo propietario del piso, un cincuentón largo, bien acomodado, que ha prosperado gracias a oscuros negocios especulativos, o eso imagino yo para justificar mi envidia de rata rabiosa, y que ahora vive en esas afueras de la ciudad que son todo árboles transplantados y mal gusto y peor conciencia fuertemente enterrada, ni se molesta en venir a verme y comprobar en qué estado se encuentra su piso. Le queda ya muy retirado, a desmano dentro de la misma Capital, este lujoso y provinciano pozo de inmundicia. Y me imagino que también se da por satisfecho con una simple llamada telefónica de rutina y la miserable seguridad del ingreso del alquiler que yo religiosamente le abono a principios de cada mes mediante una inmaterial transferencia bancaria. Para él, esto supone dinero llovido del cielo, dado que a estas alturas de su vida nadie iba a comprarle este chamizo infecto situado en el sur de Capital. Yo contribuyo sentimentalmente, por haber vivido de pequeño en el barrio.

Casi todos los que ocupamos el bloque, tres de cada cuatro puertas, lo hacemos de alquiler. Me lo indicó en su día el avaro mientras intentaba venderme a modo de ganga excepcional este reducido espacio de cochambre al que yo ya le había echado el ojo y no pensaba renunciar por nada del mundo. Ambos queríamos la misma cosa, pero yo contaba con la ventaja de saberlo, de conocer las intenciones y los deseos mezquinos del otro. Poniendo cara de escéptico jugador de cartas, de tahúr que se las sabía todas, conseguí una rebaja en el precio.

—Arriba unos chinos, no sabría decirle cuántos —me informó aquella vez el imbécil con un supuesto tono didáctico que destilaba acentos de irracional superioridad genética o geográfica—. Y abajo una o dos familias de inmigrantes

sudamericanos: ecuatorianos, colombianos, venezolanos, bolivianos, chilenos o argentinos. A mí me parecen iguales.

No le pregunté por qué. Por costumbre, no comento nada con nadie incapaz de aportarme algo. El otro persistió en su afán pedagógico de sociólogo:

—En el primero vive un anciano, casi con un pie en la tumba; un poco borrachín creo yo, y algo loco. Se le va la cabeza, usted ya me entiende. —Hizo el consabido gesto de girar un par de vueltas el índice cerca de la sien. Pero yo hice como que no entendía. Ni quería entender. Tampoco me quedó muy claro si su supuesta locura se debía, según el cincuentón, a la edad, al alcohol o a toda una vida desgastada, echada a perder entre sus semejantes, negados para la comunicación verdadera. Quizá todo fuese únicamente la amenaza latente de un alzheimer hambriento de recuerdos, los más felices de la existencia agotada del viejo.

Jamás desde entonces he vuelto a saber nada de ninguno de esos vecinos descritos con desprecio profesional por mi casero. Para mí son únicamente ruido tras las paredes, ruido sobre el techo o bajo el suelo: estornudos repentinos, bostezos vespertinos, sollozos apagados, risas etílicas, llantos descontrolados, gemidos animales, arrastrados pasos de condenado; o un crujir de madera de barco fantasma a la deriva. Parece que la vida sigue a pesar de mí, al margen de mí. Sin embargo estamos muertos los unos para los otros; y aunque de verdad estuviésemos vivos y esto no fuese un sueño, no querríamos saber nada de nuestro prójimo, no vaya a ser que terminemos contaminados con la sustancia purulenta que sostiene nuestros cuerpos y la fiebre nos despierte, sofocados, angustiados sin remisión ni solución de continuidad, de ese

sueño. Siento la tristeza infinita y tediosa de los enfermos crónicos, esos téticos y carentes de memoria aprendices de cadáver. La cura es imposible, y yo tampoco es que ponga mucho de mi parte.

Desde entonces aquí estoy, solo, pudriéndome poco a poco y sin remedio en la ciudad a la misma velocidad de descomposición que la casa y todo lo que contiene. Muchos de mis libros, puedo verlos apilados en los estantes mientras espero en la cocina a que termine de subir el café, muestran sus cantos quemados por el sol y unas hojas amarillentas de vejez. A veces me pregunto qué cosa quedará de mí en el mundo, si tan sólo un canto tostado con mi nombre impreso. Eso en caso de que el mundo no deje definitivamente de existir, como yo creo con la certeza inquebrantable de un científico, con mi muerte

